



## Propósito de la obra

Seguro que suena muy pretencioso, y quienes piensen así es posible que no estén equivocados. En mi opinión, todos los filósofos se han olvidado de la columna vertebral de la vida, y por ello han dado visiones incompletas y contradictorias sobre la naturaleza humana.

¿Naturaleza humana? ¿Pero existe eso? Este libro es un intento de articular una teoría acerca de lo que somos, de nuestro verdadero yo o finalidad. Una vuelta a una idea sobre una esencia común que, a diferencia de Platón, nos hará mirar únicamente hacia lo que tenemos delante.

¿Qué somos? ¿A dónde vamos? ¿De dónde venimos? Ésas son las tres preguntas clásicas a las que trataré de dar contestación en las siguientes páginas. Sí, lo sé. La filosofía es el arte de preguntar, por encima del de responder. Pero ello no implica que uno no lo intente o que dude menos, mucho menos, cuando llega a determinadas conclusiones. No podemos dejar de ser algo escépticos, pero tampoco tenemos que renunciar a creer en aquello que se nos presenta con mayor fuerza. En el siglo XXI, que en cierto modo sigue siendo el de Sócrates y su «solo sé que no sé nada», podemos dar un pasito más.

Teniendo en cuenta las conclusiones a las que he llegado, el estilo con el que me voy a dirigir a ustedes será

directo, natural y sencillo. La filosofía no tendría que ser nunca más el ejercicio de oscurantismo y vanidad en el que muchas figuras del pensamiento se han refugiado. Muchos de estos estilos áridos, de metáforas imposibles al entendimiento ajeno e incluso propio, no son más que una barrera que esconde no pocas veces una ignorancia muy bien camuflada. Las ideas de difícil comprensión no nos hacen tan inteligentes ni (sobre todo) sabios. Entiendo que el buen filósofo, una vez hace pública su verdad o la verdad, quiere hacerse entender. Lo contrario solo llevará a la confusión... ¿Y quién quiere confundir cuando quiere dejar algo claro? ¿Quién quiere hacer esto cuando la vida se presenta a su entendimiento como algo comprensible y fácil?

La vida, he ahí la cuestión. Ese será el centro sobre el que gravitarán todas las ideas que irán apareciendo en el transcurso de las siguientes páginas. Un estudio sobre la misma que espera ser del interés de la mayoría, y que tiene ciertos paralelismos con algunos planteamientos de Spinoza, Nietzsche o Unamuno, pero que se desmarca también y firmemente, de todos ellos.

Para darme a mí mismo respuestas convincentes y satisfactorias (y hacerlo del mismo modo con los demás), hundo las raíces de mi pensamiento en lo que veo y siento, evitando todo aquello de lo que no puedo dar testimonio claro. Sirva este decálogo como base a todo lo que se explicará con detenimiento en adelante:

## LO QUE VEO Y SIENTO

1. Veo que soy un cuerpo y siento que está lleno de necesidades.
2. Estas necesidades del cuerpo están siempre presentes, son inagotables y universales.
3. Para satisfacerlas en lo posible, tenemos una voluntad que persigue saciarlas.
4. Esta voluntad trabaja para hacerlo, no solo en el presente, sino que se proyecta en el tiempo. Esto hace que busquemos medios para cubrir estas demandas en el futuro.
5. Cuanto mejor trabaja esta voluntad y más ayuda a nuestro cuerpo, mejor nos encontramos. Somos más felices cuanto más satisfechas están estas necesidades.
6. Queremos a la gente que nos ayuda en este camino.
7. Cuanto más creemos que nos ayudan en este objetivo, más queremos a las personas lo hacen.
8. Los sentimientos de amor y odio son experimentados por un cuerpo que dirige su actividad hacia la máxima seguridad en la mayor cantidad de tiempo de vida posible o de reproducción de esos instintos o necesidades.
9. A estos ocho puntos citados los podemos recoger en una teoría: «La voluntad de inmortalidad» o «instinto de eternidad», objetivo que es imposible hasta la fecha, pero que nos empuja inconscientemente a hacer todo lo que hacemos para lograr una felicidad que tiene más o menos grados dependiendo de lo alejados o cercanos que nos sentimos, también inconscientemente, de la muerte.

10. Esta teoría se corresponde totalmente con nuestra propia configuración física y a su evolución, y es capaz de explicar absolutamente todos nuestros actos, pensamientos y sentimientos: el amor y el odio señalados, la culpa, la compasión, el perdón, la razón, el sentido de la Historia... (Y el estudio del por qué del amor, el odio, la culpa, la compasión, el perdón, la razón, el sentido de la Historia... nos lleva a su vez al conocimiento de esa voluntad de eternidad que nos determina tan absolutamente que, al alcanzar su comprensión, somos incapaces de dirigir la atención a otros porqués).

Al dar sentido y explicar nuestra naturaleza, tiene que ser la base de cualquier filosofía, psicología, sociología, política... La primera piedra a través de la cual podemos hablar y tratar los asuntos humanos con criterio.

# Introducción a un Pensamiento del siglo XXI





## La vida humana

La vida, en términos generales, es una necesidad absoluta de inmortalidad. Hay un deseo o instinto ineludible por vivir siempre, de permanecer con la ilusión de hacerlo todo lo posible y más, grabado en todos y cada uno de los seres que tienen existencia. No es solo la conservación o la supervivencia el motor de cada uno de los actos de lo vivo, sino un instinto que va aún más allá, el instinto de eternidad. Puesto que nada puede ser eterno (al menos hasta la fecha), solo podemos contentarnos con acercarnos al máximo a la idea, de tal modo que la felicidad dependerá de lo satisfecho que esté el instinto. Cuantas más raíces echemos, cuanto mayor sea nuestra seguridad en lo vivo, mayor será nuestro contento. La máxima seguridad para la mayor cantidad de tiempo posible, esa es la meta de todo lo que muere y, por lo tanto, de todo lo que vive.

Nos debemos a la vida (eterna) exclusiva e incondicionalmente. Por otro lado, y dándole la vuelta al argumento, todo lo que hacemos está total e irremediabilmente condicionado por nuestra necesidad de alejarnos al máximo de la muerte. Cuanto más cerca la percibamos, mayor será nuestro sufrimiento (y cuanto más distantes o seguros nos creamos del fatal momento, cuanto más imposible se hace esa

posibilidad permanente de la muerte, mayores serán los grados de felicidad). La vejez y las enfermedades físicas o mentales más graves son enormes enemigos de todo lo que trata de ganarle tiempo al tiempo. El dolor que nos provocan pueden llevarnos paradójicamente a querernos morir o al suicidio. Sírvanos esto de ejemplo para ir entendiendo que no es la conservación de la vida, sino su máxima proyección, nuestra única preocupación.

La existencia humana es un tipo especial de necesidad absoluta de inmortalidad. A diferencia de otros entes de naturaleza viva, ha desarrollado más la inteligencia, y eso le ha llevado a tener un lenguaje más complejo y una determinada fisionomía, a generar multitud de símbolos, a pensarse a sí mismo, a mirar las posibilidades del futuro de tal modo, que termina poniendo más medios para su beneficio que ningún otro animal conocido por el propio hombre. Por lo demás, no deja de ser un ser vivo más, con sentimientos de dolor y placer, de felicidad e infelicidad que tratan de ser satisfechos. Todo depende de esta satisfacción, he ahí la finalidad de la vida. He ahí nuestra naturaleza.

Muchas veces tratamos de hacer divisiones entre el humano y el resto de todo lo que siente en un sentido moral. Nuestra soberbia nos lleva al error de vernos demasiado «altos, guapos y fuertes», pues no es más que un engaño u autoengaño para ponernos un escaloncito por encima del resto, creyéndonos lo suficientemente especiales como para que entidades divinas nos juzguen por ello. Todo nuestro amor y todo nuestro odio dependen de nuevo del mismo hilo. Aquellos que nos ayudan a superar el problema de necesidad



infinita, incondicional, imposible, y siempre insatisfecha de vida eterna, recibirán nuestra aprobación, cariño o amor, y todos aquellos que se pongan en medio serán blanco de nuestra desaprobación y odio. El hombre no es ni malo ni bueno por naturaleza, sino que su naturaleza le lleva a ser bueno o malo con los demás, dependiendo de lo mucho o poco que le beneficien o perjudiquen. El imperativo categórico del deber kantiano, por encima de cualquier sentimiento e incondicional, es simplemente una quimera, una mentira en la que se terminan sosteniendo postulados en los nos agarramos con fuerza, pues el vacío de la muerte y la angustia que ella nos provoca (esa posibilidad presente en todas las posibilidades que diría Heidegger, ese poder no ser aterrador en cualquier momento), nos lleva a inventarnos dioses en los que poco a poco se ha ido dejando de creer, y a los que se terminará dejando moribundos (nunca muertos del todo) con el paso del tiempo. Ese tiempo tan necesario para el hombre y que le lleva casi con toda seguridad, a inventarse a aquellos que pueden regalarlo del modo que llevamos tan dentro, profunda e inconscientemente.

*Nota aclaratoria en relación a ciertas críticas que ya estará formulándose el lector:* Hay personas que dicen estar seguras de no querer vivir para siempre. Argumentan en este caso que vivir envejeciendo y perdiendo facultades, o viendo morir a los seres queridos, sería insoportable. Lo que no saben aún aquellos que sostienen estas ideas es que la inmortalidad que